

La ciudad en su poeta

Vicente Quirarte

El domingo 22 de junio de 2014, la Ciudad de México llevó a cabo un homenaje a Efraín Huerta, que dio carta de ciudadanía a la capital en la historia de la poesía. Conducido por los bisnietos del poeta, encabezaba la marcha un cocodrilo, producto del talento de los maestros del taller de alebrijes, con el rostro del poeta, el mechón juvenil y rebelde en una de sus jóvenes fotografías más célebres. Tambores, juventud, erotismo acompañaban el desfile por la Avenida Juárez consagrada por Huerta en uno de los más altos momentos de nuestra épica. El “laurel escarnecido por los pequeños y los grandes canallas” que la gloria coloca sobre la sienes en el hemicírculo al fundador de nuestra sociedad civil no lo fue en esa ocasión, gracias a que la Ciudad de México era protagonista en esa fiesta de la capital a su poeta.

Allí estaban las hijas de José Revueltas, hombro con hombro con los de Efraín; el gran Rafael López Castro, cuya lente registró en 1982 la bala depositada por una admiradora anónima sobre el féretro del poeta, reliquia viva de que la poesía es de alto calibre en manos del caído. Estaba Eduardo Vázquez, secretario de Cultura de la Ciudad de México. Simbólicamente estrechaba la mano de Alejandro Aura, que el año 2000 publicó, en edición numerada de Juan Pascoe, las dos declaraciones de Efraín Huerta a la Ciudad de México. Desfilaba José María Espinasa, director del Museo de la Ciudad de México. Poetas todos, subrayaban aquellos versos de Huerta: “Paso, campo, florida cancha a la Poesía / desnudamente, muchacha solar”.

Además de la energía proporcionada por la juventud que mayoritariamente integraba la lúdica marcha, nuevos integrantes de la brigada Efraín Huerta, como testimonio tangible quedó el libro *Permiso para el amor*, con tiraje de 70 mil ejemplares, preparado por David Huerta y con un prólogo de Alejandro Gaspar. Virtud inmediata del libro es que no está integrado por los poemas más incendiarios y reconocibles de Efraín Huerta,

sino por textos que lo confirman, si fuera necesario, como uno de nuestros más altos exponentes de la poesía amorosa. Homenaje al aprendiz de tipógrafo que fue Efraín Huerta y a la exigencia que mostró en las distancias y la distribución de las letras en la página, el libro es de una elegancia sencilla y por lo mismo eterna. Dos imágenes igualmente para siempre: la mujer del alba que duerme la siesta del alcohol en una banca de la Alameda, en apariencia indiferente al desfile en honor de quien alguna vez supo que ella es de la estirpe de los que tienen “en vez de corazón un perro enloquecido”; la niña que en otra banca descifra los versos amorosos del poeta.

Era domingo aquel 9 de octubre de 1977. En el Palacio de Minería de la Ciudad de México, la primera división de la poesía mexicana se reunía para leer sus versos. Efraín Huerta se hallaba sentado entre Octavio Paz y Eduardo Lizalde, bajo el águila mexicana del Salón de Actos. El águila que preside el salón, enorme y dorada, cobijaba con sus alas los trabajos y los días de Rubén Bonifaz Nuño, Tomás Segovia, Isabel Fraire, Ulalume González de León.

Tras una operación de cáncer en la laringe, la voz física de Huerta estaba casi extinta, esa voz que nos estremece cuando el poeta da lectura al poema “Avenida Juárez” o “La muchacha ebria”, en el disco que Voz Viva de México de nuestra Universidad ha dejado para la posteridad; sin embargo, sus poemas zumbaban en el aire y nos llegaban al corazón gracias a la voz de Esteban Escárcega. Cuando le correspondió a Octavio Paz el turno de leer, alguien entre el público intentó iniciar un abucheo. Efraín fue el primero en incorporarse de su asiento y mirar hacia el sitio de donde partía la inju-



© Xavier Quijano

Efraín Huerta, Eduardo Lizalde y Octavio Paz, Palacio de Minería, 9 de octubre de 1977

ria. Su actitud era la del gallo de pelea guanajuatense —tenso el cuerpo, de fuego la mirada—, listo, como en las noches juveniles de la Plaza Garibaldi, cuando “la negra plata de los veinte años”, a jugarse la vida por el amigo.

Al final de la lectura, en el patio del palacio más fastuoso y sobrio que Tolsá legó a nuestra ciudad, Efraín se apartó pudorosamente, para no molestar a nadie con los rigores de su enfermedad. Con su valentía, llevaba a la práctica su “Responso por un poeta descuartizado” o sus “Sílabas por el maxilar de Franz Kafka”, metáforas del artista en pugna con el mundo y su dignidad para abandonarlo con todos los honores. Cuando murió en febrero de 1982, su amigo Octavio escribió unas palabras donde subraya la trascendencia que el poeta tuvo como poeta urbano: “A mi generación, que fue la de Efraín Huerta, le tocó vivir el crecimiento de nuestra ciudad hasta, en menos de cuarenta años, verla convertida en lo que ahora es: una realidad que desafía a la realidad... Con nosotros comienza, en México, la poesía de la ciudad moderna. En ese comienzo Efraín Huerta tuvo y tiene un sitio central”. Pero además de situarlo como poeta de la ciudad, Paz lo valora como poeta del amor: “La violencia de muchos de sus poemas, sus sarcasmos y su afición a las expresiones fuertes han oscurecido un aspecto de su obra juvenil: la delicadeza, la melancolía, la reserva, el gusto por las geometrías aéreas y las gamas perladas y grises”.

La misión del poeta es sobrevivir a la batalla. No sólo a aquella en la que, como en el caso de Efraín Huerta, la militancia política y la militancia con la palabra fueron una sola actividad indisoluble, sino a la batalla que implica enfrentarse con el lenguaje y tras ese combate encarnizado queden las metáforas esenciales, las eternas, esas que no sufren el paso del tiempo o, mejor todavía, que con él rejuvenecen. La poesía es palabra en el tiempo pero también contra el tiempo, más allá del tiempo.

De manera general se dice que *Los hombres del alba*, publicado por primera vez en 1944 y ahora reeditado facsimilarmente por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, es el primer libro dedicado íntegramente a la ciudad. Su aparición coincide con un redescubrimiento de la urbe. Como criatura que se rebela contra su propio creador, la capital crece de una manera acelerada e invade todos los dominios. La década de los cuarenta fue testigo de una nueva actuación de la ciudad en la literatura, la plástica y el cine. Lo notable de Huerta es que a lo largo de su vida se haya mantenido fiel a cantar la ciudad. “Avenida Juárez”, escrito en 1956, es un poema político donde su autor nos invita a volver al símbolo original y profundo de los héroes. Su antiimperialismo no se vale del lamento estéril sino nace de la meditación en todo lo que del otro perdemos y lo que el otro pierde al ignorarnos en un doble sentido. El enemigo mayor se llama conformismo. En un momento dado, exclama; “No hay respeto ni para el aire que se respira”. Inscrita en el poema cuando aún no se hablaba del término *ecología*, la frase puede ser leída ahora como símbolo de un diferente tipo de destrucción: la que paulatinamente hacemos del planeta, como se encargó de subrayarlo, cada vez de manera más clara y contundente, la poesía de José Emilio Pacheco, uno de los lectores más lúcidos de la poesía huertiana.

Paul Éluard, poeta en más de un sentido hermano de Huerta, estaba consciente de que el amor y la poesía son términos tan próximos que colocar un nexo entre ambos puede romper o interrumpir la cópula. Por tanto, tituló uno de sus libros centrales *L'amour, la poésie*. Sin la intrusión de elementos de enlace, las palabras fluyen como los cuerpos de los amantes del río. Una definición de la vida en la obra de Efraín Huerta puede ser *El amor, la ciudad*, porque nadie como él supo conver-



Efraín Huerta y Eduardo Lizalde, 1977

tir el espacio urbano en una posibilidad para la salvación personal y la solidaridad colectiva. En las más de cuatro décadas transcurridas entre la publicación de *Los hombres del alba* (1944) y la de *Circuito interior* (1977), su lenguaje y su visión del mundo cambian a medida que el espacio urbano sufre modificaciones. Presencia la evolución de sus calles; puebla amorosamente, desesperadamente, sus espacios; le urge estar en la primera fila de sus cambios; registrar los lenguajes y las mitologías mutables de una ciudad a la que quiso como se debe amar a una mujer: recorriéndola, explorando sus rincones más íntimos, develando sus dulzuras y horrores. Si *Los hombres del alba* es el libro de un poeta de la mejor estirpe de nuestro barroco subterráneo, donde resuenan el Pablo Neruda de las *Residencias*, el Vallejo telúrico y la vertiente más luminosamente oscura de la generación española del 27, en *Circuito interior* está el poeta más joven y fresco que escribía bajo el *boom* poético de los setenta. La paradoja de la capital era también la suya: con más años encima, la ciudad se hacía moderna. Al ángel de Durero, incapaz de crear no obstante verse rodeado de los instrumentos necesarios, Huerta opuso la mitología concreta del cocodrilo alado; un ángel carnal y jocoso que enamora a la ciudad con diferentes discursos, cada uno de ellos adecuado a la evolución de la ciudad. De las grandes elegías “La muchacha ebria” o “Declaración de odio” —el mejor poema de amor escrito sobre nuestra ciudad—, Huerta pasará a los chispazos múlti-

ples de los poemínimos; a la antipureza de *Los eróticos*, donde nos enseña a sentir el peso íntegro de los nombres de calles, plazas y bares donde paseó su humanidad.

¿Quiénes son *Los hombres del alba*? En el poema que da título al libro, Huerta parece no dejar lugar a dudas cuando afirma que son “los profesionales del desprecio”. Sin embargo, su carácter marginal va más allá de una bohemia autoimpuesta o de un romanticismo transnochado. Y aunque el propio poeta afirma que los hombres del alba son los que “tienen en vez de corazón un perro enloquecido”, una definición contundente jamás es unívoca. Por el contrario, su trabajo consiste en abrir posibilidades infinitas a través de la metáfora que descubre. El hombre del alba es el ser de la inminencia y la frontera, el que está a punto de ser, el que será plenamente mañana; es el barrendero que en la fotografía de Nacho López es el primer habitante de la Avenida Juárez y logra que su figura se abra paso entre la niebla y la lente del fotógrafo. Es el suicida o el enamorado caído de la gracia cuya tortura insomne es aliviada con la nueva luz.

En el poema “La muchacha ebria” Huerta demuestra que la noche, la mujer y la ciudad son tres nombres de un mismo emblema. La muchacha ebria. El choque de un vocablo fresco y coloquial con el cultismo para la embriaguez o la más sonora palabra borrachera potencia la metáfora: la ciudad es una joven con la “eterna llama de oro de tus diecinueve años”, como la joven protagonista de los poemas de amor con los cuales el poeta irrumpe en el escenario de la poesía mexicana para no abandonarlo hasta el último de sus días. Con la metafísica material de *Los hombres del alba*, su atento registro de los lenguajes de animales, hombres y objetos que sólo pertenecen a la urbe, Huerta hace el retrato de la Ciudad de México, que los novelistas llevarán más tarde a sus últimas consecuencias. A medida que su poesía se va haciendo más luminosa e impura, inclusive más llena de concesiones, los nombres propios lo obligan a dejar testimonio de la gran cantidad de información a la que nos vemos expuestos los habitantes de la ciudad. Sus metonimias nos llevarán entonces a reconocer a la ciudad en sus muchachas Cabellos-de-Elote que cambian carteras por caricias en el autobús atestado; las que, como Sandra, hablan sólo en líneas generales; las adolescentes que pasan en motocicleta, “como un relámpago de ópalos y jade”, por calles que llevan el nombre de los clásicos.

Habría bastado que Huerta escribiera únicamente *Los hombres del alba* para que la poesía mexicana se enorgulleciera de contarle entre sus grandes nombres. Sin embargo, el sexagenario Huerta, ese muchacho que no le tenía respeto ni a su edad, no quiso permanecer como el poeta puro y sin desperdicio de su primera época, aquella que dio *Absoluto amor* (1935) y *Línea del*

alba (1937). Acaso sin pretenderlo, se convirtió en el gran educador que paradójicamente nos enseñaba a escribir describiendo. Se nos ofrecía como un poeta en apariencia fácil, susceptible de ser imitado, pero nos enseñaba, a través de la lectura de sus versos, que tal facilidad era producto de un dominio del lenguaje y sus posibilidades.

Esa mitología viviente del poeta en evolución constante hacía que en el departamento de la calle Lope de Vega donde Efraín vivía confluyeran partidarios del Atlante, infrarrealistas en busca de iluminaciones o poetas echados a perder por Facultades de Letras y lecturas mal digeridas. Para todos había el Huerta que deseáramos elegir: el que nos introducía en la música de los clásicos, asordinándola y transformándola, en *Los hombres del alba*; el alburero mayor de “Manifiesto nalgaísta”, donde Efraín pide prestados los bongóes de Nicolás Guillén, quien lo acompaña en el mismo cielo; el poeta cívico que, en la tradición de nuestro Juan Valle, el poeta de la Reforma, sacrificó la pureza poética en beneficio de la comunicación inmediata; el minimalista de los poemínimos, lecciones de brevedad y pureza que han hecho escuela, y siempre, como advierte David Huerta en su prólogo luminoso y objetivo a la *Poesía completa* de Efraín Huerta, el poeta del amor, desde la pureza juanramoniana de *Absoluto amor* hasta el otro himno nacional que logra en *Amor, patria mía*, extenso y singular poema donde el poeta hace su versión de la historia de México. En tiempos en que la palabra *patria* está más devaluada que la moneda que pretende sustentarla, Huerta demuestra que es posible escribir poesía patriótica, navegar las olas civiles, tomar las palabras de los héroes y transformarlas en materia vital de la existencia.

Hay en los grandes artistas una especie de fatalidad benigna que los obliga a escribir en la juventud su obra más grave y solemne y a orientarse, en la edad madura, cada vez más a la sencillez y la transparencia. Efraín Huerta dedicó la segunda etapa de su vida a la poesía de la experiencia, a entrar, de cuerpo entero, en el poema. Conocía los riesgos de esa forma de decir, nacido de la confesión y la circunstancia, pero supo, como el auténtico poeta que era, convertir en legendarias sus actitudes, sus caminatas por las calles de Polanco donde conversaba de tú con los clásicos, particularmente con el “cenital guerrero de la carnalidad”, Félix Lope de Vega y Carpio, como Efraín, enamorado; como él, fecundo y, por tanto, propenso a las grandes elevaciones y caídas. El ritmo de poemas meditativos en *Los eróticos* y sobre todo en *Circuito Interior* son los del ciudadano de a pie que en sus caminatas contempla la maravillosa resurrección del mundo. Sobre todo en el segundo libro asistimos a la reconciliación del hombre que ha vencido los rigores de la enfermedad y lo celebran con una poesía de alegre y furioso retorno a la vida.

Seguramente, y con justicia, pronto se insistirá en la necesidad de que alguna de las calles de la Ciudad de México lleve el nombre de Efraín Huerta. Sin embargo, como siempre ocurre, el arte se adelanta a la naturaleza. No puede llamarse una calle Efraín Huerta porque todas las calles de la ciudad llevan un nombre. Él fue su cronista y su poeta, su enamorado y fifí, su alcahuete y su terrorista. Ahora proliferan los premios y becas “Efraín Huerta”. Ojalá instituyéramos un Premio Efraín Huerta, cuyo primer premio consistiera en un autobús para hacer realidad el sueño del devoto camionero y caminador infatigable que fue Efraín, como recuerda su hija Andrea: tener para él solo un autobús Juárez-Loreto, de gloriosa memoria, y andar en él como lo que era, príncipe de la ciudad que hizo suya por derecho y a la cual cantó con el mejor de sus amores:

Hoy debo dormir como un bendito
y despertar clamando en el desierto de la ciudad
donde el Juárez-Loreto que algún día compraré
me espera, como un palacio espera, adormilado,
soberbiamente idiota.

Efraín Huerta escribió poemas a todo lo largo de su vida, como lo muestran las 565 páginas de la *Poesía completa* publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1988 y reeditada este año centenario con poemas inéditos o escasamente conocidos. Sin embargo, la mayor parte de sus nuevos lectores evoca de manera inmediata al autor de los poemínimos, que si bien forman parte integral de su trabajo, no resultan lo más significativo de él. Un poeta que se da el lujo de escribir esos chispazos de ingenio puede hacerlo cuando está en su viaje de regreso, cuando antes se ha enfrentado al desafío de la tradición y el lenguaje de su tiempo. Al igual que Neruda o Picasso, Huerta aprendió desde muy joven a asimilar a sus clásicos y ganarse así la libertad para ejercer su propio discurso. Un poemínimo parece reflejar cierta desesperanza o derrota heroicamente aceptada:

AY, POETA

Primero
Que nada
Me complace
Enormísimamente
Ser
Un buen
Poeta
De segunda
Del
Tercer
Mundo

A ese juego retórico responde la “Maximínima” de mayor complejidad y desafío:

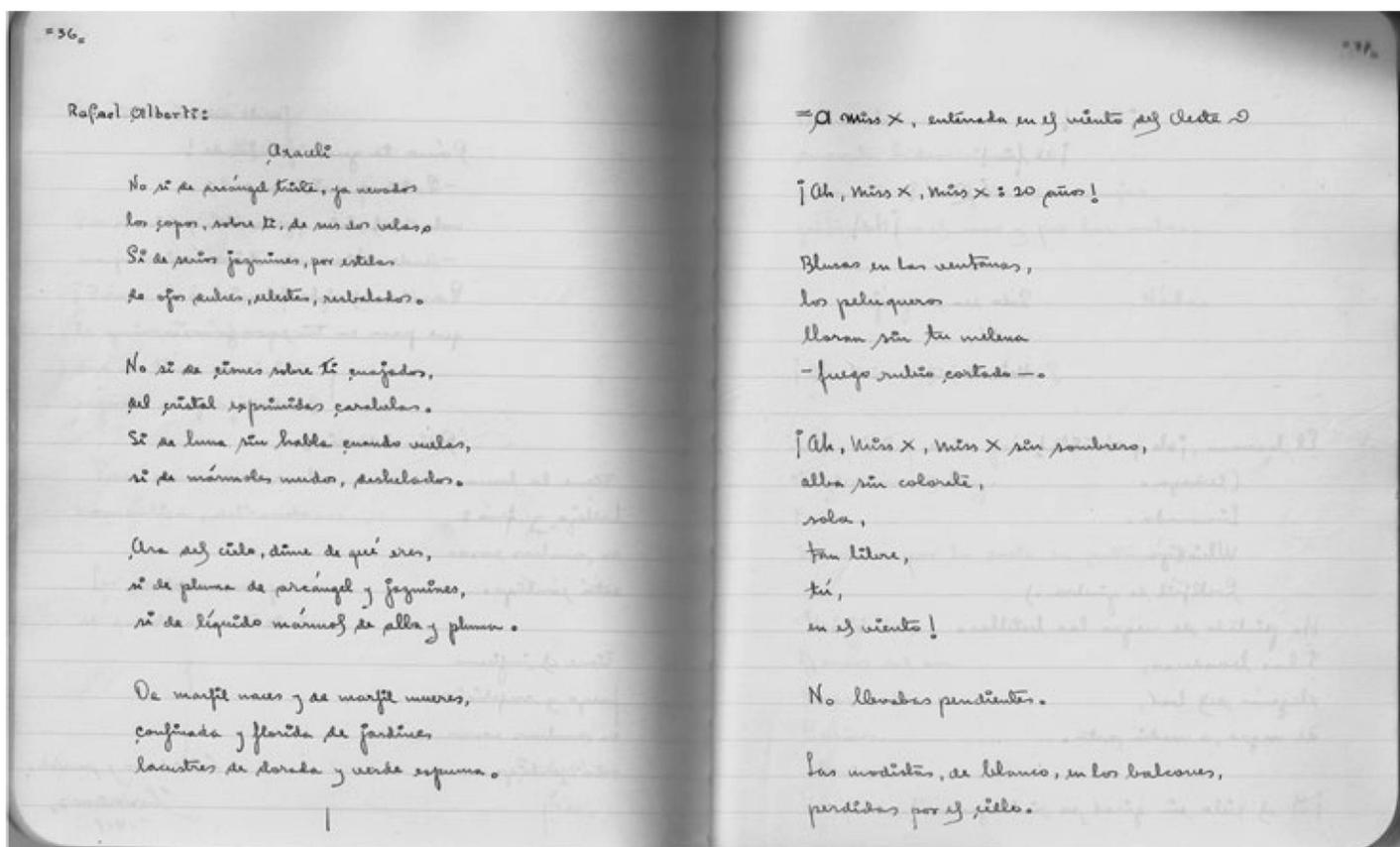
Sólo
A fuerza
De Poesía
Deja uno
De ser
Un poeta
A fuerza

Los jóvenes son quienes ahora aceptan el desafío de emprender nuevas lecturas de Efraín Huerta. Bajo el sello del Fondo de Cultura Económica apareció la necesaria *Iconografía*, una verdadera vida en imágenes, resuelta en sepia, y a cuya secuencia contribuye el ordenamiento hecho por Emiliano Delgadillo, a quien debemos las más recientes y propositivas lecturas del poeta. Entre una de las múltiples iluminaciones que arroja su investigación, señala que de haber aparecido como su autor lo proyectaba originalmente, en 1939, *Los hombres del alba* habría sido un libro contemporáneo de *Nostalgia de la muerte* de Xavier Villaurrutia y *Muerte sin fin* de José Gorostiza. El también joven Carlos Ulises Mata dio a luz una antología prosística que, bajo el título *El otro Efraín*, proporciona caminos para explorar las múltiples rutas exploradas por el escritor. Las crónicas urbanas de Huerta, sobre todo, contribuyen a perfilar la personalidad del poeta que se iba convirtiendo en el cantor de la ciudad que este año lo

recuerda. El 24 de agosto de 1937 publica en *El Nacional* la crónica “Ciudades en el aire”, donde proporciona instrucciones para comprender la ambigüedad hacia la capital que este 2014 lo recuerda:

Jamás esta ciudad con olor a cebolla mojada, porque la poesía tiene que andar de pintillas para evitar violaciones, o dormir debajo de las bancas de las alamedas, aterida, decepcionada, inútil... Sería delicioso castrarle con amor a la ciudad; lo haríamos con el mayor gusto y entusiasmo. Estamos seguros, además, de que algún día tendremos que hacerlo. Pero la hora no ha llegado. No han sonado aún las campanadas liberadoras de tanto sentimiento angustioso.

Los tañidos anhelados por el poeta fueron posibles el pasado 22 de junio. Que sus ecos resuenen a lo largo de este año y que los días de Efraín Huerta no terminen con el año de su centenario de llegada al mundo. Como afirma Francisco Hernández, el tiempo se encarga de señalar quién canta cada día mejor. Templados en la prueba del tiempo, los poemas del Gran Cocodrilo arden como prueba tangible de su fidelidad a la palabra, de sus hallazgos que estremecen al lenguaje, del erotismo entendido como apetito insaciable por la vida. La inmortalidad es proporcionada por esas cuantas palabras que nos reintegran al mundo y nos permiten respirar más expansivamente en él. Juan Bañuelos escribió en su elegía para aquel 3 de febrero de 1982: “la muerte murió, no su poeta”.



Poema de Rafael Alberti transcrito por Efraín Huerta, 1933